

Sanjuana Martínez

**LA FRONTERA
★ DEL NARCO ★**

hacen con el dinero del presupuesto de apoyo a las víctimas? Sabrá Dios. ¿Justicia? Yo no creo que vaya a haber justicia. En la justicia del hombre ya no creo, ya no creo en las autoridades. El único que va a hacer justicia es Dios. Que Dios tenga misericordia de los asesinos, no sé si tienen corazón para hacer algo así. Acaso ellos no tienen hijos, esposas... Me pasan muchas cosas por la mente. Igual que yo, ¿cuántas familias no están viviendo lo mismo?"

Su cuñada, Rosa Martín Domingo tiene 21 años. Llevaba casada dos años con su hermano David. Tiene sentado en el regazo a David Ariel de 9 meses que pide leche. Mientras lo amamanta, sin levantar la mirada dice: "Solo me dieron una bolsa de pañales y dos botes de leche en polvo".

Una infinita tristeza se refleja en sus ojos. La incertidumbre del futuro no la deja dormir. Trae en la mano la credencial del trabajo de su esposo que el bebe toma para jugar. Laboraba como albañil en OMA, Grupo Aeroportuario Centro Norte, pero a través de un contratista: "Su patrón me dio nomás dos semanas: 2,200 pesos. No tenía seguro, ni prestaciones".

Galileo Hernández, presidente de la Asociación de Justicia Étnica, AC, ha acompañado a los familiares de las víctimas otomíes y está de pie junto a Anastasia, que se dice lista para ir a reclamar por enésima vez la camioneta de su esposo: "El DIF prometió hacer el traspaso del vehículo a la esposa, algo que no se ha concretado. Les hemos dado atención legal, pero no nos han permitido acceso al expediente".

Lo más lamentable, dice, es que existiendo supuestamente un fondo de ayuda a las víctimas de la violencia de la guerra contra el narco, éste no sea aplicado en la realidad: "No hay una dependencia que otorgue la ayuda. El DIF lo hace a través de despensas raquílicas, pero ni siquiera hay seguimiento. Se destina mucho dinero a las cuestiones de seguridad. ¿Y a las miles de víctimas inocentes, quién las ayuda?"

El cuerpo de las mujeres, botín de la narcoguerra

Escenas de la narcoguerra feminicida en siete días. Una, en el municipio de Cadereyta rumbo al Palmito: un cuerpo de mujer

destazado en seis partes en el interior de un baño de lamina galvanizada. Dos, una cabeza de mujer tirada en la Avenida Gonzalitos y Francisco Rocha en la esquina del restaurante El Gran Pastor. Tres, un taxi estacionado frente a Seguridad Pública del municipio de Guadalupe, en el asiento trasero, un bote de pintura de 19 litros con una cabeza de mujer. Cuatro, dos costales de plástico tirados en una carretera de la Hacienda El Alamito con cinco pedazos de un cuerpo de mujer sin cabeza.

En lo que va del año, más de 70 mujeres, nueve de ellas menores de edad, han sido asesinadas en Nuevo León bajo métodos salvajes, primitivos; la mayoría ultrajadas sexualmente. Se trata del feminicidio más cruel, el que va unido a la guerra contra el narco y está invisibilizado: el que mutila, destaza, cuece, descuartiza, desolla...

La narcoviolenca afecta más a las mujeres. Sus cuerpos, convertidos en botín de guerra, son utilizados para la explotación sexual, amedrentar a los rivales, amenazar y ocasionar más daño a los enemigos. A la agresión sexual se une la saña, la inquina contra el origen, el desprecio y el odio al género.

No es fácil monitorear el horror feminicida en estos tiempos de guerra y Alicia Leal, presidenta de Alternativas Pacíficas, lo sabe. Lleva 15 años combatiendo la violencia de género y sosteniendo dos albergues para mujeres maltratadas. Los casos que ahora recibe por la narcoviolenca son terribles. Nunca en su vida había visto lo que ahora sucede: "El cuerpo de las mujeres está siendo un botín en esta guerra. Hay una mayor crueldad. Es una violencia extrema en cuanto a coerción y lesiones. Hay un sadismo impresionante. Las que no mueren y nos llegan heridas traen huellas de violación tumultuaria, mujeres que mientras las están violando las queman con cigarrillos o las cortan con cuchillos. Es como una película de terror, pero es la realidad".

Historias de miedo

Se llamaba Perla Elizabeth Campos Garza, tenía apenas 22 años y trabajaba en un servicar ubicado en Cadereyta a 40 kilómetros al oriente de Monterrey, un empleo donde es obligatorio usar blusa

ceñida mostrando escote y *shorts* muy cortos ajustados. Su trabajo consistía en “atraer” a los clientes desde la puerta del negocio bailando con movimientos cadenciosos. Un sistema de “promoción” con dos o tres muchachas, utilizado en los depósitos de cerveza de Monterrey.

Perla tenía el cabello teñido de rojo. Salió de trabajar a la medianoche y no llegó a su casa. A las 8:40 horas del 1 de junio la policía recibió una llamada para avisar que “una mujer mutilada” fue abandonada en una brecha. Los oficiales buscaron pero no encontraron el lugar. Luego a las 12 del día recibieron una segunda llamada donde precisaban el sitio. Se trataba de la comunidad Palmitos, a tres kilómetros de Cadereyta. Allí, en pleno monte, encontraron un baño de lámina galvanizada de 65 centímetros de diámetro por 30 centímetros de altura. Adentro estaba el cuerpo de Perla cercenado en seis pedazos. Tenía un mensaje escrito en un pedazo de cartón que decía: “Pantera 6 lenón”. El suceso fue atendido por policías locales en lugar de agentes del Grupo de Homicidios. El asesinato de Perla ni siquiera fue comentado por las autoridades de la procuraduría de justicia estatal. Su caso no mereció una mención más en los medios de comunicación los días posteriores al hallazgo.

Alicia Leal explica que los “crímenes horrorosos” de la narco-guerra invisibilizan los de las mujeres. “El crimen organizado está utilizando en las poblaciones semiurbanas mujeres para explotación sexual o prostitución forzada. Las mantienen amenazadas de que les van a matar a los hijos, esposos o padres. Y cuando ya no les sirven las están eliminando. Hemos recibido casos de mujeres forzadas a trabajar para el crimen organizado y también de mujeres obligadas a pasar droga por la frontera, incluso en los penales las presas son amenazadas cuando tienen hijos para forzarlas a la explotación sexual”.

En Cadereyta, siete días después del asesinato de Perla, concretamente en la comunidad rural de Hacienda el Alamito en el kilómetro 14 de la carretera a Allende, había dos costales de plástico tirados en la calle junto a un depósito de cerveza. Eran las seis de la mañana y los militares encontraron en el interior de los sacos un cuerpo de mujer desmembrado en cinco partes sin incluir la cabeza.

Casos como éste provocan sentimientos de dolor para quienes como la activista feminista Irma Alma Ochoa, directora de Artemisas por la Equidad, se dedican a contabilizarlos. Lleva once años comprometida con el tema haciendo el recuento y está convencida de que el incremento de 168 por ciento de feminicidios registrado en Nuevo León en los primeros cinco meses de este año tiene que ver con la narcoviolenia: “Desde que empezamos a hacer este recuento, cuando nos encontramos con una mujer a la que asesinaron a batazos, otra a la que decapitaron y la cabeza la escondieron debajo de la cama, con mujeres calcinadas o heridas con ácido en la cara, nos dimos cuenta de que son casos que demuestran que es mucha la saña, la misoginia, el odio al origen. Y con la narcoviolenia se exagera el número de casos”.

Sin conmisericación

El 6 de junio el cadáver de una mujer asesinada a golpes fue encontrado en un terreno baldío de la colonia Jardines de Casa Blanca en Guadalupe. Estaba bocabajo con el dorso desnudo y con pantalón de mezclilla. La chica, de unos 25 años de edad, presentaba el rostro desfigurado por los golpes y tenía contusiones en la espalda. Estaba con los pies atados y un mensaje que las autoridades se negaron a hacer público.

Cinco días antes, en el mismo municipio, una mujer destazada fue encontrada en la cajuela de un taxi junto a su padre a unas calles del edificio de Policía y Tránsito. Se llamaba Azalea Vanesa Cervantes Arámbula y tenía 28 años de edad. Sobre los restos, había un mensaje contra la alcaldesa de ese municipio, Ivonne Álvarez, que decía: “Putra traicionera”.

A cien metros del cuartel de la policía fue abandonado un taxi unos días antes. En el asiento trasero encontraron la cabeza de una mujer en un bote de pintura de 19 litros. Aún no la identifican.

El 4 de junio, el cuerpo de una mujer de entre 20 y 25 años fue encontrado. Había sido torturada, asesinada a golpes y posiblemente quemada viva. Tenía un alambre de púas alrededor del cuello. Eran las diez de la mañana y en el kilómetro 17 del

Libramiento Noroeste, en una brecha del municipio de Escobedo con los límites de García en la colonia Portal del Fraile, cuando habitantes del lugar acudieron a cortar leña, la encontraron con restos de cinta beige, lo cual hace pensar que estaba maniatada cuando la arrojaron al lugar y le prendieron fuego. Solo quedó una sandalia blanca.

“Cada vez hay mayor crueldad. La práctica de calcinar, por ejemplo, viene de años atrás. Es muy utilizado en sociedades donde el patriarcado es más fuerte y se demuestra el poder masculino cuando la primera persona que aparece colgada de un puente en Monterrey es una mujer [la Pelirroja]”, dice Irma Alma Ochoa.

La invisibilidad

El mes de mayo ha presentado igual crueldad en el asesinato de mujeres. El 23 de mayo encontraron en una camioneta con placas de Texas abandonada en una brecha de la carretera a Colombia, a la altura de Salinas Victoria, el cuerpo de una mujer brutalmente torturada y rematada con tiros de gracia. Estaba esposada y con la boca tapada con cinta adhesiva.

“Son asesinatos cada vez más deshumanizados”, dice Consuelo Morales, directora de Ciudadanos en Apoyo a Derechos Humanos, “Hechos más salvajes, más lejanos a nosotros. Y cada vez, son más mujeres. Ellas son las que sufren una peor violencia en esta guerra al ser más vulnerables”.

El 18 de mayo fue encontrado el cadáver de otra mujer torturada y con heridas de arma de fuego. La tiraron en una calle de la colonia Morelos en el municipio de Guadalupe a las 4 :30 de la mañana.

La saña con la que actúan contra las mujeres quedó de manifiesto en el asesinato de Kitzia Rebeca Yuriditzia Cansino Ocañas, de 23 años de edad, quien tenía su domicilio en un barrio Paso Hondo del municipio de Allende. Estaba embarazada y tenía heridas en el costado izquierdo y en la parte baja de la cintura. Recibió más de cinco balazos.

Irma Alma Ochoa lo explica: “Es el odio al origen, el odio a la madre. Quién sabe que traigan estos asesinos para odiar incluso

a aquellas que dan vida. Lo que hemos visto es que hay más saña con estas mujeres. El mayor grupo de mujeres asesinadas pertenece a la edad reproductiva. Algunas incluso embarazadas. Y a muchas las golpean en el vientre”.

El 20 de mayo a las 7:30 de la mañana apareció un cuerpo desmembrado de una mujer a pocos metros del Palacio Municipal de Guadalupe. Estaba decapitada y la cabeza fue colocada encima de una patrulla con un mensaje que los policías se negaron a hacer público.

Descuartizadas

El hallazgo dejó sin palabras a los policías. Fue en la carretera Cadereyta-Allende. En la cuneta había tres cajas de plástico. Estaban llenas de pedazos de cuerpos humanos. Inmediatamente supieron que se trataba de mujeres. Se llamaban Katia Cavazos Castilla y Kendy Cavazos Caballero. Tenían 24 años. La primera era sobrina de Juan Aurora Cavazos, secretaria de Desarrollo Social estatal.

Los policías de Allende las entregaron al crimen organizado para las que las mataran. La saña del asesinato fue exhibida incluso en el mensaje dejado por los criminales: “Esto les pasa por charoleras, ahí te van subteniente Martínez”. La versión de los policías es que habían sido arrestadas por ingerir bebidas alcohólicas en la plaza de Cadereyta y después encarceladas en la prisión municipal. De allí fueron “levantadas” o más bien “entregadas” al crimen organizado.

Cuando las dos chicas fueron encarceladas, el novio de la hermana de una de ellas, un militar conocido como el subteniente Martínez habló a la comandancia para que las dejaran libres. Ésa fue la respuesta. Por el doble asesinato fueron investigados 14 policías de los 30 que existen en Allende.

Un día después, en la misma carretera fue encontrado un baño de lámina galvanizada. En su interior había un cuerpo de mujer descuartizado. Tenía entre 20 y 25 años. Tenía un mensaje: “Esto me pasó por Z”.

Para Alicia Leal está claro que estos son feminicidios de la narcoguerra: “Tienen un componente de género. En la mayoría de